

Discurso pronunciado en la Inauguración de Cursos y Colación de Grados de 1943

POR EL

Egresado Rodolfo Martínez (hijo)

Hace justamente seis años, un nutrido grupo de jóvenes, poco más que adolescentes, asistía con expectante regocijo, muchos por primera vez, a una ceremonia como ésta. Veníamos la mayor parte del Colegio histórico, y trasponíamos los umbrales de esta Casa, con el alegre entusiasmo de quienes se forjan la imagen de un porvenir magnífico, a fuerza de ver en el horizonte de la vida, sólo las luces de un amanecer rosado de nobles ilusiones. Aún aquellos en quienes apuntaba ya la inquietud de cosas hondas, miraban sin zozobra los signos que anunciaban para el mundo días aciagos. Ya muchas ilusiones se han cumplido, no pocas quedaron quizá a lo largo de lo andado, pero es lo cierto que una etapa ha terminado ya, y la vieja Universidad que ayer nos recibiera en solemne fiesta, con igual solemnidad, hoy nos despide.

Aspero camino aguarda a una juventud que comienza la marcha a la sombra de la gran tragedia. Al menos así lo entiendo yo, y para los que no compartan conmigo la misma visión de la realidad, deseo al menos que posean las mismas y seguras fuentes de aliento y esperanza, para que nadie, agobiado por el mal individual o colectivo, llegue a verse en el caso de repetir las palabras con que el héroe de Virgilio clamaba su terrible desconsuelo: *Una salus victis, nullam sperare*



salutis; sólo una salud queda a los vencidos, nada esperar de la salud.

Cada generación tiene en la Historia un destino específico a cumplir y la primera tarea debe ser, según expresión de Castelar, medir la altura de nuestro siglo, lo que implica adquirir conciencia clara del significado, valor y fines que tal destino supone.

Maritain señala como uno de los fenómenos fundamentales de la Edad Moderna, un progresivo "adquirir conciencia", en todos los órdenes de la Filosofía, de la Ciencia y de la Cultura. Esto se explica, a mi entender, porque la mente humana ha traspuesto la época en que una curiosidad metafísica ingenua, se realizaba o satisfacía por un movimiento primero de la inteligencia hacia el ser, de cuya realidad estaba pendiente, en cierto modo inmóvil y absorta en la contemplación del objeto. Tal fenómeno, que en Filosofía se manifiesta en las preocupaciones actuales por el hombre, y en Historia en los diversos movimientos de esclarecimiento y valoración de la historia contemporánea, en la conciencia del advenimiento de nuevas épocas y en la investigación anticipada de sus posibles caracteres, asigna a la juventud de estos días un modo particular de actuar y vivir, y un valor especial a su conducta. No quiero decir con esto, que antes fuese lícita cualquier acción juvenil por irreflexiva que fuera; quiero significar que ahora ella sólo será eficaz, dada la anotada tonalidad de nuestro tiempo, a condición de ser profundamente consciente, porque son demasiado excelentes las esperanzas confiadas a ella, para que pueda burlarlas, a título de entusiasmo, la precipitación o la imprudencia.

Las naciones de la tierra dirigen a su juventud la vista fatigada, porque advierten que todo lo que los hombres levantaron con esfuerzo y luego destruyeron con iracunda saña, reclamará el concurso de nuestras manos para llegar a la posteridad. No creo, pues, que nadie juzgue presuntuosas mis palabras, si digo que a las generaciones nuevas corresponderá lugar principal en la inmensa tarea de reconstruir el mundo.

Honor de misión tan alta, cobra la vida a elevado precio, y sólo a trueque de heroísmo concederá la palma de algún gran destino.

Uno de los problemas más áridos que habrá de afrontar la humanidad, y por tanto aquellos que de algún modo graviten en su porvenir, es el problema de la libertad. Por ello, y porque su trascendencia comienza en la posición metafísica de las "constelaciones inteligibles" que dan el tono fundamental a cada época y se extiende hasta el orden concreto de la organización política, y porque en ella interfieren las diversas concepciones acerca del Humanismo y la Cultura en el orden natural, y de la Providencia y la Gracia en el orden sobrenatural, la solución que reciba tal problema, es y será asunto de importancia grave.

La influencia de la tesis kantiana de la autonomía de la voluntad, y del individualismo de la Reforma Protestante, sobre el movimiento liberal dirigido contra el absolutismo decadente, que estaba muy lejos de ser expresión de un orden temporal cristiano, ha hecho admitir en Occidente una errónea noción de la libertad. Se la concibe como la simple falta de coacción externa, olvidando que el verdadero concepto consiste en la ausencia de necesidad interna. No sería difícil demostrar de qué manera el asignar a la voluntad una autonomía radical, incluyendo independencia con respecto a la ley de Dios, conduce prácticamente a una terrible autonomía del apetito, que muy luego desencadena su incontrolada furia sobre el hombre mismo, para dejarlo así en la situación de Ulises, quien perdiera sin remedio el concurso de propicios vientos, porque la imprudencia de sus hombres desatara el obsequio de Eolo, poniendo en libertad a los adversos.

Tal concepto de la libertad recibe encarnación concreta en el siglo pasado, en las posiciones correlativas del individualismo y del estado gendarme, para sufrir en este siglo un proceso dialéctico-histórico que ha sacudido la organización del mundo. Nadie ignora la enorme capacidad reactiva del error, y aquí se nos dá un ejemplo, cuando advertimos que

una dialéctica de oposición hace que se acepte la anulación del individuo, para proclamar la supremacía libérrima del estado, la comunidad o la clase, y cuando advertimos también, que es el mismo erróneo concepto, la misma forma recibida ayer en el individuo como en su sujeto propio, la que hoy cambia de sujeto, para radicarse en lo colectivo y proclamar su arbitraria primacía.

Podría restablecer muchas cosas a su verdadero equilibrio, una revaloración de la libertad, desde la más remota raíz ontológica hasta la más próxima aplicación concreta, según los principios fundamentales de la sabiduría cristiana, que considere al individuo parte de un todo a cuyo bien se debe, pero que respete la dignidad esencial de la persona humana, cuyo destino último no es ni la inmanencia en el Volkgeist, ni la liberación como clase, ni la supervivencia como nación o estado, sino la bienaventuranza eterna en el seno inefable del Verbo.

Esta revaloración formará parte de un movimiento de retorno a lo real, que deberá realizar la humanidad, para buscar inspiración rectora en la consideración de las condiciones esenciales y existenciales del hombre, a quien un misterioso complejo de excelencia y miseria, de vocación al bien y de fuerzas quebradas por la primera falta, señala como el angustiado ciudadano de los mundos.

De este inmenso esfuerzo de virtud e inteligencia habrá de ser instrumento dócil la juventud, en especial la juventud cristiana, porque también es de caridad esta tarea, y sólo será lícito el descanso, cuando la verdad y el bien alumbren para el orbe días claros y se escuche a modo de himno, en el corazón agradecido de los hombres, aquella estrofa con que el coro de peregrinos celebra la conversión del pecador, en el poema de Ricardo Wagner: Salve, oh maravilla de la gracia, la Redención es ya patrimonio del mundo!

Cumplase o no la obra gigantesca, empeñémosnos o no en aventar el mal de entre nosotros, sean fieles o no las generaciones presentes y futuras a esa vocación histórica magnífica

y tremenda, la experiencia advierte que la naturaleza cobra a precio de dolor los agravios que recibe, y no es aventurado anticipar que el mañana será difícil, y que rezará para individuos y pueblos, como advertencia inscripta, en la portada de los tiempos nuevos, las palabras que pusiera Goethe en labios de su Fausto: "Sólo merece vida y libertad aquel que las conquista día a día".

Compañeros egresados:

En nosotros se ha cumplido el anuncio del salmista: qui seminant in lacrimis, in exultatione metent, los que siembran con lágrimas, con gozo siegan. Nuestro júbilo es pues merecido, y por ello, no admitamos a empañarlo, ni la imagen de un destino arduo, ni la angustia de un futuro incierto. Sirva también de estímulo a nuestras esperanzas, la jerarquía de las armas recibidas aquí y el recuerdo de este instante en que aprendimos, tal vez mejor que nunca y para siempre, que las siembras del dolor dan cosechas de alegría.

Señores Profesores:

Por vuestras manos ha venido hasta las nuestras, compuesta de saber e historia, la preciada herencia de un patrimonio espiritual esclarecido. La enseñanza y el ejemplo que vosotros habéis recogido de graves maestros y que habéis madurado en largas vigiliass, nos llegaron por virtud de vuestro ministerio docente, para alentar excelencias y fomentar inquietudes. Al expresaros profundo reconocimiento por beneficio de tanto privilegio, debemos declarar que no es suficiente la satisfacción del triunfo, para disminuir la honda emoción de la partida. Ello no es extraño, porque bajo estas bóvedas quedan, tal vez, las zozobras y esperanzas de nuestros mejores días, porque aquí resonaron para nosotros, con acento inolvidable, sabias advertencias, y porque nadie se aleja indiferente de esta ilustre Casa, en cuyos claustros palpita una tradición nobilísima que despierta en el alma memoria de siglos.

Señor Rector de la Universidad :

El altísimo honor que significa recibir, grabado en oro y a título de recompensa, el escudo de la Universidad Mayor de San Carlos, importa el mandato de que la propia vida sea siempre testimonio de tan dignos blasones. Personalmente, yo lo recibo con reverencia filial, y entiendo ver aquí un signo de la Providencia, que me ordena además, guardar fidelidad a la intensa emoción de este instante, respetar y amar, cada vez más, el nombre y la lección de mis mayores ,y compartir, como comparto, los sentimientos de vuestro corazón.